

demás rarezas humanas, bajo la jurisdicción del satírico y del pintor de costumbres? ¿Por qué no ha de describirse una escena de *club* ó de comicios electorales, como se describe una escena de taberna ó de mercado?

La segunda época de la vida literaria de Pereda comienza en 1878, y abarca cinco largas novelas: *El Buey suelto*, *D. Gonzalo González de la Gonzalera*, *De tal palo tal astilla*, *El sabor de la tierruca* y *Pedro Sánchez*. De todas ellas he hablado extensamente en otras ocasiones, y forzoso me será repetir algunos de los conceptos que entonces expuse.

El asunto de *El Buey suelto*, es el más viejo y el más nuevo que puede imaginarse. Si hay cosa tratada ó discutida en el mundo, ya seriamente, ya en burla, es la cuestión del matrimonio, aunque sea cierto que ni los razonamientos ni las *facecias* influyen mucho en la resolución que cada prójimo toma según cuadra á su genialidad, temple y más ó menos escrupulosa conciencia. Pero en la biblioteca que con poca dificultad pudiera formarse de obras relativas á esta materia, pesan y abultan tanto

ó más las invectivas que las defensas. Sería grave error, sin embargo, tomar por lo serio, y al pié de la letra, muchas de esas diatribas, dándoles una trascendencia y alcance que las más veces no tenían en el ánimo de sus autores. La censura del matrimonio y de las mujeres ha sido en manos de los satíricos clásicos un lugar común, un motivo de chistes y de amplificaciones, como podía serlo el elogio del mosquito ó de la pulga.

Observemos, no obstante, que nunca se multiplican ni recrudecen tanto las sátiras contra el matrimonio como en los tiempos de decadencia y senectud moral. No suele empezar la corrupción por las mujeres, pero el hombre les atribuye toda la culpa; y el vínculo natural y santo, que él huella y profana el primero, es á sus ojos la fuente y origen de todo mal. *Hoc fonte derivata clades*. En vez de acusarse á sí propio, acusa á la institución, acusa á la naturaleza; y entonces brotan, como indicios del malestar social, ásperas y desolladoras sátiras, al modo de la 6.^a de Juvenal, ó livianos cuentos como los que manchan el *Asno* de Apuleyo, constituyen el fondo de los fa-

bliaux de la Edad Media y corren en inagotable vena á regar los huertos de Boccaccio y de todos los *novellieri* italianos, torpemente remedados por los franceses.

Dicho se está que no había de faltar en nuestros tiempos semejante literatura, como no faltó en los de la Roma imperial, ni en el siglo XIV (en que la barbarie no excluía la liviandad), ni en la Italia del siglo XVI, ni en la Francia del XVIII. Pero al reaparecer (si alguna vez faltó) el género *anti-matrimonial* en la moderna Europa, vistióse de nuevos paños, adoptó más grave arreo, tono más doctoral y circunspecto, propúsose dogmatizar y hacer análisis *fisiológicos*. Algo se corrigió en lo desmandado de la forma (sabido es que somos más pudibundos, aunque no más honestos que nuestros abuelos); pero el veneno del fondo fué mayor, como destilado por alquitara. Más honda y corrosivamente ha influido esta literatura que todos los sarcasmos y *verduras* de otras épocas. Fría, impasible, calculadora como eco de una sociedad que era positivista antes que el positivismo tuviese una fórmula científica, ha agotado el arsenal de los sofismas ligeros, parto de esa lógica sin entrañas, con

la cual el hombre pretende engañarse á sí mismo; pero sofismas de éxito seguro, como que hablan al egoísmo, cifra y compendio de todos los malos instintos de nuestra caída y pecadora naturaleza.

Yo bien sé que los libros son la expresión de la sociedad, y que la sociedad sólo á medias es discípula de los libros; pero ¿quién negará que cada uno de ellos es leña echada en el fuego de la concupiscencia, incentivo del general descreimiento, piedra en que tropiezan las voluntades mal inclinadas, ocasión nueva de desaliento para las voluntades marchitas? Por eso es obligación ineludible en el escritor cristiano y de bien ordenado entendimiento, aplicar su ingenio á la reparación del edificio social, lidiando por la familia, que es su primera y necesaria base. Y cuando ese autor es un novelista de primer orden, un pintor de costumbres, como ha visto pocos nuestra Península desde Cervantes acá, un hombre de agudo ingenio, rico de observación, y en donaires y gracias de decir excelente, natural es que emplee el método *fisiológico* contra los fisiólogos, y que, convirtiendo la defensa en ataque, en vez de vindicar directamente el

matrimonio, ponga y clave en la picota de la sátira á la *cínica é infame soltería* que dice Jovellanos.

El libro que, como antídoto á los harto célebres de Balzac y de sus muchos y desafortunados imitadores, ha escrito el Sr. Pereda, pudo parecer pálido en los caracteres y poco interesante ó animado en la acción. Quizá entraba esto en los propósitos del autor. Para personificar una plaga social, buscó un tipo insignificante, un *Gedeón*, egoísta, vulgar, sin ninguna cualidad dominante buena ni mala, que no es sabio ni tonto, ni hermoso ni feo, ni rico ni pobre, ni muy viejo ni muy joven, sin aficiones políticas ni literarias; un sér por excelencia prosáico, envuelto en las más ruines y mezquinas contradicciones de la vida. Todos sus desórdenes y malas andanzas son de escalera abajo. Lo singular del tipo está en su absoluta carencia de idealismo. Todo es vulgar en torno suyo; sus amigos, su criada, su manceba.

Y así debía ser para que el libro surtiese el efecto que el Sr. Pereda se propuso.

¿Qué solterón recalcitrante había de convencerse, en vista de las desdichas que so-

bre *Gedeón* atrajeran sus personales manías y rarezas, ó una serie de casualidades novelescas regidas por la mano del autor, y no por el curso ordinario de las cosas humanas? *Gedeón* tiene de hombre lo bastante para no ser una *idea pura*; en lo demás puede pasar por el *substratum* de una clase entera, de las más numerosas, por desgracia, entre los hijos de Adam. Es la encarnación del egoísmo, pero de un egoísmo *bourgeois*, que no afecta proporciones titánicas ni colorido trágico.

La sobriedad de la acción sólo parecerá pobreza á quien considere *El Buey suelto*, no como una novela (que no pensó en tal cosa el autor), sino como una serie de cuadros en que externa é internamente se va desarrollando la mala vida del héroe. Cada capítulo trae nuevos personajes y escenas nuevas, reproducidas unas veces con el pincel de Stein y de Teniers, otras con el brioso toque de la escuela española. ¡Lástima que en algunos pasajes la tendencia á la caricatura aparezca tan de resalto, y convierta en falsos, tipos que de cómicos no debieran degenerar en bufos!

Como magistrales cuadros de costumbres,

léanse sobre todo *La primera catástrofe*, *No es casa de huéspedes*, *Entre Venus y Marte*, *La tienda de la esquina*, *Los parientes de Gedeón*, sin olvidar el extraño y fantástico capricho de *La gran batalla*, cuya ejecución es maravillosa y digna de Goya.

Mas no se crea que sólo á lo cómico y alegre se inclina la musa del autor, aun en este libro, el más endeble de los suyos. Testimonio son de que sabe hablar en veras y herir al alma, además de alguno de los capítulos antes citados, los que terminan la *última jornada*, sobre todo el intitulado *La vanguardia de la muerte*, donde lo fácil se hermana con lo bien y hondamente sentido.

Aun á los críticos más adustos que consideraron *El Buey suelto* como una caída, parecieron admirables algunas porciones del *Don Gonzalo*, publicado al año siguiente. Si como novela se la considera, pueda tachársela de acción escasa, aunque tiene la que basta y sobra para mover unas cuantas figuras, principal, si no único, propósito del libro. No es el fin de éste, como á algunos podrá antojárseles, la sátira política, ni viene ésta más que como episodio, y sin salir de los límites del arte, debiendo esti-

mársela como un recurso para poner en juego á los personajes. Es cierto que hay en *Don Gonzalo* algunos capítulos donde la revolución queda puesta en solfa. No falta un estudiante que en la taberna de su pueblo haga discursos pomposos y altisonantes, remedando los que en Madrid había oido. Ni se echa de menos tampoco un *par-dillo* montañés, *albitrante* y con otras *industrias saludables*, el cual pesca á río revuelto, y en días de revolución echa al fuego, á impulsos de patriótico entusiasmo, los papeles del Ayuntamiento donde constaban sus trapisondas. Hay, finalmente, una parodia de junta revolucionaria, y milicia ciudadana, y clubs y manifiestos electorales... Yo no sé si en otras partes será todo esto muy serio, pero en Coteruco, pueblo de 120 vecinos, se convierte por sí mismo en caricatura. Yo no admito que el Sr. Pereda se haya propuesto en esta novela *probar* nada (es demasiado artista para eso), pero si alguna enseñanza se deduce de su libro, es la demostración del absurdo que se comete llevando á un pueblo rústico y laborioso las miserias políticas. El abandono del trabajo, la taberna perpetua, los palos y asonadas, son

la consecuencia primera y forzosa de tal delirio.

Eso acontece en *Coteruco*, pueblo que llegan á corromper dos intrigantes y un mentecato, sin otro fin que el de satisfacer ruines pasiones y venganzas. Y eso que Coteruco era antes el mejor pueblo del valle, y aun el dechado de todos los pueblos de la Montaña, por la honradez y amor al trabajo de sus moradores. Debíase tal milagro á un D. Román Pérez de la Llosía, señor rico, franco y campechano, sin aires de patriarca de la aldea, pero con muy buen sentido y recta intención en todo. Él era la Providencia del pueblo, y su cocina la tertulia de Coteruco.

En frente de D. Román coloca el Sr. Pereda otro tipo, montañés de pura raza, y el mejor tipo de Pereda, el arbitrante Patricio Rigüelta, *Maquiavelo de Campanario*, como dijo aguda y felizmente un crítico. Patricio, personaje esbozado ya en ciertas sátiras políticas del autor (1), adquiere aquí proporciones extraordinarias y se convierte en verdadero héroe y rueda principal de la novela, de-

(1) Vid. *El Tío Cayetano*, periódico político que Pereda y algunos amigos suyos publicaron en Santander en 1868.

jando muy en segundo término al *indianete* que la da nombre, verdadera figura decorativa, aunque admirablemente trazada. D. Gonzalo es mero instrumento y juguete de la omnipotente voluntad y de las negras tramas de Patricio, que le maneja como blanda cera, y explota sus rencores contra D. Román por el desaire de las bodas. Unese *Gonzalera* con toda la gente díscola y revoltosa del pueblo; hace propaganda el estudiante (que es cojo, por más señas); se juega en la taberna una becerra á costa del indiano; los apóstoles de la nueva idea desacreditan al cura y á D. Román (el *confesonario* y el *feudalismo* que dice el cojo), y aquello en pocos días muda de aspecto.

Tal es la sencilla trama de *D. Gonzalo*, que comienza con una maravillosa descripción de la tertulia de D. Román (inferior, sin embargo, al antiguo cuadro de la *hila*, uno de los más exquisitos primores de las *Escenas*) y acaba con un crimen cometido en días electorales, y con la huida del noble Pérez de la Llosía, de aquel lugarejo mísero y pervertido. En ningún libro suyo ha congregado Pereda igual número de tipos, tan vivos y tangibles. Queda dicha la excelen-

cia satánica del carácter de Patricio, tan complicado, tan difícil y de tan paciente estudio. Pero en torno de esta creación singular se agrupan, como digno cortejo, todos con fisonomía propia y rebosando de vida, la vieja *Narda*, sentenciosa consejera de Magdalena; el hidalgo D. Lope, alma de oro con corteza de hierro, tan breve en palabras como largo en hechos, último vástago de aquellos indomables banderizos del siglo xv, y condenado en el nuestro á matar las solitarias horas sobre su *potro* de piedra; el estudiante, el indiano, la solterona Os-munda, providencial castigo de D. Gonzalo; Carpio y Goriones, en quienes se cifra y compendia el carácter del campesino monta-ñés con todos sus rodeos y suspicacia, y hasta los personajes de segundo orden, Chisquín, Toñazos, Polinar, Barriluco... ¡Qué plenitud de sangre española en todos ellos! ¡Y qué cuadros los que llevan los títulos de *La feria de Pedreguero*, *La rome-ría de Verdellano* y *El festín*. Este último es un cuadro de Teniers, con toque más vi-goroso y más caliente entonación. Parece que sentimos el peso de la becerra sobre la mesa, y el del vino tinto en las cabezas de

los comensales. ¡Y qué diálogos los de Car-pio y Goriones!

De tal palo tal astilla es quizá el libro me-nos realista de Pereda, y no ya porque pin-te costumbres campesinas, fáciles y risue-ñas, que esto bien cabe en el realismo, ni menos porque en este libro, y todavía más en *El sabor de la tierruca*, el tan decantado pesimismo de las *Escenas montaÑesas* se haya ido convirtiendo en simpática benevolencia, harto natural en quien, viviendo tantos años en la quieta soledad de su Tusculano, se ha ido prendando cada vez más de las escenas rurales, y viéndolas bajo un aspecto más poético y halagüeño. La única diferencia sustancial que encuentro yo entre esta no-vela y las demás de Pereda, y lo que me hace declararla *realista* á medias, consiste en que es un libro de tesis, en que abando-nando el autor, hasta cierto punto, la obser-vación desinteresada, principal musa suya, trata de inculcar, aunque no directamente, no una, sino muchas y varias moralidades. Plantea, pues, lo que llaman ahora *conflicto* ó *problema religioso*, y le plantea por medio de una fábula, que no deja de guardar cierta analogía lejana con la de *Sibila* de Octavio

Feuillet, y la de *Gloria* de Galdós. Aunque esta semejanza no pasa de los datos fundamentales, y yo sé además que Pereda no ha leído *Sibila* y que no gustaría de ella si la leyese, no ha de negarse que el *conflicto* (usemos la jerga corriente) viene á ser en las tres novelas el mismo. Pero *Sibila* (con ser libro delicadamente escrito) tiene algo de enteco y enfermizo, respira falsedad en las ideas y en los afectos: aquel cristianismo vaporoso es un cristiano de salón, mundano y sentimental; se diría que la moda y no la convicción dictaron aquellas páginas, donde falta de un cabo á otro la naturalidad, y no hay un solo carácter acentuado y vigoroso. Es un libro sin unción y sin nervio. Mayor talento, y más firme convicción, aunque extraviada, inspiraron á Galdós en *Gloria*, pero sus declarados intentos de propaganda anti-católica por una parte, y por otra el exceso del simbolismo y de las abstracciones personificadas, la enturbian y oscurecen, y casi la sacan fuera de los límites del arte, convirtiéndola en un alegato libre-cultista, y á la heroína en pedante é insufrible disputadora.

De fijo lo menos afortunado en la novela

de Pereda es también el carácter de la heroína. Puede decirse, sin agravio de él, que los tipos femeniles y los diálogos de amor han sido, son y serán siempre la parte más endeble de su armadura de novelista. Y aun añadiré que los huye, ó los trata con frialdad y despego. Y sin embargo, el carácter de Agueda estaba bien concebido, y ¡cuán hermosos y trágicos efectos podía haber sacado el autor de la eterna lucha entre la pasión y la ley moral! Bien está que Agueda, católica á la española y montañesa á toda ley, cumpla su deber sin aparato ni estruendo, aunque su resolución le cause dolores mortales. Bien está que su fé acendrada y robusta, su buen sentido natural, lo recto y nunca maleado de su razón la impidan transigir con la impiedad, aunque vaya unida á toda la gallardía de la juventud, á todo el fuego de la pasión y á todo el poder y alteza del ingenio. Pero ¿era preciso para esto hacerla tan impasible, estoica y marmórea, cuando al fin era mujer y enamorada?

¡Pero cómo se venga Pereda de esta inferioridad suya, en otros tipos más de su cuerda que la obra tiene, y sobre todo en los que forman el *coro*! Sólo el recuerdo, no fácil-

mente borrable, de Patricio Rigüelta, puede perjudicar al malvado de esta otra novela, el D. Sotero, abominable *tartuffe*, en cuya negra alma no ha temido penetrar y ahondar hasta con encarnizamiento el Sr. Pereda, como si quisiera dar hermosa muestra de que lo extremado de su ultramontanismo no corta las alas á su ingenio ni le hace ñoño ó meticoloso. Hasta puede añadirse que ha recargado las tintas más de lo que suele, y ha hecho contra su costumbre, y quizá contra la conveniencia artística, un carácter de una sola pieza, porque entes tan completa y absolutamente perversos como D. Sotero, sin ninguna cualidad buena ni vislumbre de ella, son, por dicha, rarísimos, y aun pueden tenerse por aberraciones de la humana naturaleza.

No así el cernícalo de su sobrino, dechado de barbarie y grosería, ni menos el espolique Macabeo, admirable personaje, uno de los mejor hechos del libro, dentro del cual tiene él una novela propia y especial suya. ¡Cuántas veces ha presentado el señor Pereda al tipo del campesino montañés, y sin embargo, no se ha repetido nunca! Y ahora, cuando la materia parecía agotada,

nos regala á Macabeo, que vale él solo más que Carpio y Gorio y todos los anteriores juntos. Habla y discurre como ellos, tiene aire de familia, y no obstante, es distinto. «*Facies non omnibus una, nec diversa tamen, qualem decet esse sororum.*»

Así en lo serio como en lo jocoso, tiene el libro escenas de extraordinaria belleza, cuadros insuperables de costumbres. Si yo hubiera de elegir entre los capítulos del libro, me fijaría sin duda en *La hoguera de San Juan*. La luz de esa hoguera es luz de Rembrandt.

Y puesto ya á citar bellezas de pormenor, no olvidaré *el paso de la hoz*, donde el diálogo supera á la descripción, con ser la descripción tan buena; y los capítulos de presentación de los diversos personajes, especialmente aquél en que se describe la casa y modo de vivir de los Peñarrubias; el maquiavélico diálogo en que D. Sotero va persuadiendo á su sobrino á que intente la deshonra de Agueda, y finalmente, cuanto dice y hace Macabeo, á quien mi amigo *Clarín* ha llegado á comparar nada menos que con el *Renzo* manzoniano.

El paisaje en que toda esta gente vive y